

# Juego de Fuerzas en Argentina

Por Carlos Floria

(El Cronista Comercial, Buenos Aires)

IAS ya reiteradas declaraciones militares, el reciente mensaje del episcopado nacional y el resultado de la reunión de dirigentes de la UCR, brindan elementos de juicio suficientes para repasar las posiciones fundamentales de los miembros principales de la "constelación política" de la Argentina presente, cuando penetramos en un verano que promete ser movido pero difícilmente crítico. Sin embargo, vale la pena tener presente que luego del verano, la Argentina política, económica y social habrá entrado de lleno en un año decisivo, porque lo que suceda en 1975 condicionará el proceso institucional en dirección a los comicios de 1977.

Para cada uno de los miembros de la constelación política actual, incluyendo en ella la oposición revolucionaria, será insoslayable la adopción de posiciones con vistas al cambio de gobierno constitucional. No tanto por lo que significa en sí mismo un comicio, cuanto por el hecho de que se habrán cumplido casi treinta años —la edad que articula dos generaciones— en los cuales sólo el primero de los gobiernos peronistas —el elegido en 1946— logró terminar un período completo de gobierno. De donde el cambio constitucional de un gobierno por otro tendría entre nosotros el valor de una prueba central para saber en qué medida la constelación de poderes de la Argentina real permanece dispuesta a ventilar sus conflictos dentro de reglas de juego constitucionalmente reconocidas. Como Roca en el '86, luego de muchos años de guerras y rebeliones internas, el Presidente que deje el poder en 1977 debería poder decir que luego de casi treinta años de desencuentros y luchas, pasa el testimonio del mando —o continúa con él— por decisión popular a través de las urnas. En ese sentido aún para los escépticos respecto de la democracia constitucional, un hecho como ese señalaría una conquista cualitativa importante en el proceso político en marcha, en cuyo derrotero 1977 debería ser uno de los jalones significativos y no la posada definitiva de los sueños democráticos.

**EL** poder militar se ha expresado con frecuencia, quizás excesiva para tiempos nor-

males, en favor de la lucha por la consolidación institucional. Cualesquiera sean las simpatías o prevenciones personales de sus miembros, el poder militar a través de sus voceros jerárquicos sostiene el papel de la subordinación participativa como el más adecuado a la función militar dentro de un régimen político constitucional. Cualesquiera sean los rumores y versiones que insinúan un rol diferente, parecería que hay razones objetivas por las cuales el poder militar permanecerá en dicho papel, el cual sólo podría ser gravemente conmovido en ciertas hipótesis extremas: recrudescimiento sostenido de la guerrilla correspondido por el desconcierto o la ineficacia gubernamental; caos social por el desborde por parte de la sociedad; acontecimientos internacionales impredecibles que conmuevan gravemente a la Argentina...

Los partidos políticos desde la UCR hasta el PST, en una significativa declaración contra la violencia terrorista de cualquier signo han ratificado su apoyo al proceso institucional. También en este caso, hay razones objetivas que abonan dicha posición. El problema de los partidos políticos —especialmente el de UCR— no reside sólo en acertar con la manera de ejercer la oposición sin poner en cuestión el rumbo constitucional —aspecto relativamente logrado hasta el momento—, ni en mantener un cierto papel protagónico —vertiente del proceso que en cierta medida motivó el encuentro Balbín-Lastiri—, sino en lograr que la mediación política no eluda a los partidos, para pasar sólo por las "corporaciones". En este sentido la UCR es quizás la fuerza más apremiada por un proceso tan difícil como contradictorio, porque la vigencia sostenida del viejo radicalismo dependerá en parte de la vigen-

de la República, pero en buena parte también de que logre incorporar fuerzas sociales a sus seguidores potenciales y de que consiga una comunicación fluida con sectores significativos de los otros miembros de la "constelación": el sindicalismo, los militares, el mundo religioso, por ejemplo, tres segmentos de la realidad respecto de los cuales el radicalismo debe vencer antiguas reticencias sin perder por eso su identidad ni su estilo.

**EL** poder moral de la Iglesia vuelve a tener una significación relativa pero interesante en el proceso político. Más allá de la reciente declaración del episcopado nacional, que mereciera comentarios disímiles, conviene tener presente que la Iglesia ha superado los esquemas asociados con lo que se ha llamado la "era constantiniana", expresión que alude a una iglesia aliada permanente del poder y a un cuerpo privilegiado en la sociedad. Si bien sólo los espíritus desprovistos de cultura histórica toman al pie de la letra dicha expresión sin tener en cuenta las realidades profundas y las circunstancias diversas, todo lo cual llevaría a una revisión sincera del valor de aquella, lo cierto es que la iglesia surgida del Concilio Vaticano II no es la iglesia "clerical" de otrora, y que, mientras en el pasado el problema era el de las relaciones Estado-Iglesia visto desde la perspectiva de Estados laicistas, el problema actual es el de una iglesia que plantea, ella, sus relaciones con el Estado en términos sutilmente distintos.

Conviene no perder de vista este sesgo de dichas relaciones, porque explicaría el tono de independencia que sugiere la reciente declaración episcopal, más allá de la mentalidad o posición personal de tal o cual miembro de la jerarquía eclesiástica o de tal o cual grupo sacerdotal de

la "derecha" o de la "izquierda" en el mundo clerical. Las recientes manifestaciones de monseñor Pironio, quizás el hombre internacionalmente más representativo de la Iglesia argentina, deben entenderse en ese contexto de libertad espiritual frente a las fuerzas y factores en pugna que los mejores hombres de iglesia aspiran a subrayar.

**EL** poder moral de la cultura y de la universidad se encuentran en cambio, en un cono de sombra. El mundo cultural permanece como uno de los grandes marginados del proceso político, sea por la carencia de ideas claras acerca de la realidad presente, sea por las actitudes maniqueas de sus miembros de izquierda o derecha, sea por fin, porque para el peronismo el flanco cultural fue siempre uno de los más débiles y menos interesantes de su historia como fuerza nacional.

El poder sindical, el sector económico empresario y la oposición revolucionaria, son otros tantos miembros de la constelación política aludida, cuyo comportamiento y vigencia gravitarán en el rumbo de los acontecimientos por venir. El poder sindical como es notorio, está jugando un papel relevante, del cual dependerá en buena medida que el proceso continúe o claudique. Columna vertebral del peronismo gobernante, el poder sindical deberá superar tanto sus oposiciones "faccionales" que discuten su representatividad efectiva cuanto los desafíos presentes y futuros a su capacidad de encuadramiento social. La adhesión masiva del poder sindical al gobierno de Isabel Perón ha servido hasta ahora para clarificar el rumbo y consolidar a la Presidenta. Pero el futuro económico y social pondrá a prueba la consecuencia del sindicalismo, no ya hacia un gobierno cuanto hacia el proceso institucional.

La sociedad económica soportará, asimismo, desafíos análogos. A este fin, es útil considerar a la economía de tipo capitalista como una economía en la cual la dirección económica

11



—la así llamada “libre empresa”— es una forma descentralizada de la administración de lo público. En otras palabras: los procesos económicos y políticos contemporáneos ponen cada vez más en evidencia la naturaleza pública de la gestión económica, y cuando se habla de lo público, se está hablando en rigor de lo político. Un sector del poder económico lo advirtió difusamente antes de ahora: una suerte de “burguesía de Estado” que, en lugar de ver al Estado como un enemigo o como un factor hostil, participó sin remilgos en la estructura del poder para influir en las decisiones estatales en el sentido de la protección de sus intereses. Cualesquiera sean las opiniones sobre las calidades personales o la representatividad sectorial de los protagonistas, el hecho objetivo es que una parte del poder económico se dirigió francamente hacia la ocupación de un segmento del poder político. Por eso, el comportamiento del poder económico no será indiferente al rumbo del proceso institucional.

★

**Q**UEDA por fin la oposición revolucionaria y contestataria. Es previsible que su acción

no cese por largo tiempo y que, cualquiera sea su fuerza futura, sus desgnios no cambien. La oposición revolucionaria, especialmente, percibe al proceso institucional como contradictorio respecto de su estrategia y de sus objetivos. El éxito o el fracaso a mediano plazo de dicha oposición dependen de ciertos factores insoslayables. El primero es que el “enemigo” no logre ampliar y consolidar el régimen político en formación o claudique en el intento. Si los partidarios del proceso institucional consiguen darle un caracter sostenido e incorporativo, la oposición revolucionaria padecerá al cabo los efectos de la marginación. Si, en cambio el proceso excluye más de lo que incluye o es interrumpido por una grave crisis la oposición revolucionaria habría logrado un triunfo importantísimo. El segundo es que dicha oposición reciba apoyos o aportes económicos significativos y, especialmente, que logre o fracase en la obtención de apoyo popular. En última instancia, todo eso se resume en el objetivo de que la oposición revolucionaria logre —o no— vencer con la imposición de una nueva legitimidad para el poder y el sistema. Objetivo que explica, al cabo, los conflictos que conmueven o inmovilizan según los casos, a la constelación política entera.